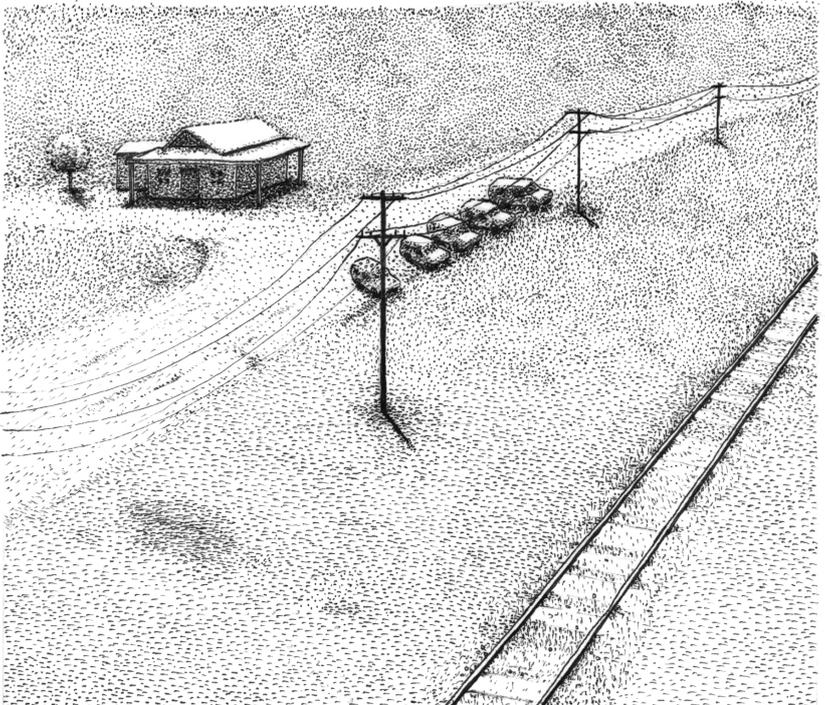


www.elboomeran.com

Kenneth Cook
El canguro alcohólico

Traducción e ilustraciones de Güido Sender Montes





Cómo no robar un coche

Nadie ha robado jamás un coche en Tennant Creek, por la sencilla razón de que no hay adónde llevárselo.

Se puede ir al norte o al sur, o se puede tomar una de las carreteras que lleva a las varias haciendas cercanas. Si vas al norte o al sur, la policía te estará esperando tranquilamente en la carretera a un pack de doce (un pack de doce representa el tiempo que se tarda en beber doce latas de cerveza, y es así como suelen medir las distancias por allí). Si tomas una de las carreteras privadas, acabarás llegando al final y no tendrás adónde ir.

Robar coches, sencillamente, no es práctico. Por eso fue tan sorprendente que, al salir del pub de Tennant Creek, descubriera que me habían robado el coche.

En aquellos tiempos conducía un Toyota Land Cruiser, un vehículo decrépito que cierto productor de cine indigente me había dado en lugar de mis honorarios como guionista. Permanecí en las escaleras del pub, bastante reticente a aceptar el hecho de que mi vehículo se hubiera esfumado. Había un buen número de Land Cruisers aparcados en la calle, pero todos eran, ciertamente, de color caqui. El mío era rosa y amarillo; no porque fuera de mi agrado, sino porque había sido decorado así con fines cinematográficos. Tenía margaritas de

color violeta en el capó. No era un vehículo difícil de identificar. Y no estaba.

Era obvio que algún lunático lo había robado. Había dejado la llave puesta en el contacto. Allí todo el mundo lo hace, porque nunca te roban el coche.

Consumido por una desesperación absoluta, me quedé boquiabierto y a continuación farfullé improprios unos instantes, no porque hubiera perdido el Land Cruiser —siendo franco, habría sido más bien un alivio—, sino porque en él había un maletín donde guardaba el manuscrito de una novela que acababa de terminar. No tenía copia. Alguien había robado no solo mi medio de transporte y mis poco valiosas ropas, máquina de escribir, pistolas y demás pertenencias, sino también un año de mi vida laboral.

Entré apresuradamente al pub, expliqué lo sucedido al camarero y me dejó usar el teléfono para llamar a la policía.

Siempre recordaré con vergüenza la conversación telefónica que siguió. Dije:

—Mire, llamo desde el pub de Tennant Creek. Alguien me ha robado el Land Cruiser.

—No sea imbécil —dijo el policía.

—Es verdad, se lo prometo. Lo he aparcado fuera hace media hora y no está.

—Salga y vuelva a mirar.

—Se lo digo, es imposible que me equivoque. Mi coche no pasa desapercibido.

—Todos los Land Cruisers son iguales.

—El mío no. Es rosa y amarillo, con margaritas de color violeta en el capó.

Tras una larga pausa, el policía dijo:

—¿Qué?

—Es rosa y amarillo, con margaritas de color violeta en el capó —repetí, algo vacilante.

—Muy bien, señor —dijo (todos los policías hacen que la palabra «señor» suene ofensiva)—. Voy a dar el aviso. ¿Qué número de matrícula tiene su vehículo?

Me quedé en silencio. Las matrículas siempre se me han resistido. En cada una de las miles de ocasiones en que reservaba habitaciones en moteles durante mis frecuentes expediciones por el Outback, siempre tuve que salir a comprobar el número de matrícula antes de rellenar los espantosos formularios que el recepcionista me tendía con brusquedad.

—Me temo que no lo sé —dije, tratando de disculparme.
Pausa.

—¿No conoce la matrícula de su propio vehículo?

—Bueno, es que la he olvidado. Pero no le pasará inadvertido, es rosa y amarillo...

—Sí —dijo el policía—, y tiene margaritas de color violeta en el capó. Oiga, colega, ¿me está tomando el pelo?

—No, no, se lo aseguro. Es solo que nunca recuerdo las matrículas de los coches. Admito que el vehículo es inusual, pero lo pusieron así los del Colectivo del Poder de la Flor. Yo...

—¿El qué?

—Oh, perdone, el Colectivo del Poder de la Flor. Mire, había un productor de cine y... oh, Dios, ¿no podemos dejar esto para más tarde? Oiga, en el vehículo hay un manuscrito de una novela y tengo que...

—¿Que hay un qué? —dijo el policía.

Empezaba a comprender que es imposible explicar la realidad a la ley. Además, comenzaba a sentirme culpable de algo. Tomé aire profundamente y empecé a hablar despacio.

—Mire, agente —dije—, permítame que le explique. Soy escritor, y...

—No hace falta que lo jure —dijo el policía—. Oiga, vuelva a llamarme cuando recuerde el número de matrícula de su vehículo, señor.

Y colgó.

Miraba perplejo el teléfono cuando el camarero, que había escuchado con interés la conversación junto a los otros cuatro o cinco bebedores que había en el pub, dijo:

—Eh colega, no has venido en un coche rosa y amarillo con margaritas de color violeta en el capó.

—¿Cómo? —dije.

—Has venido en ese Land Cruiser.

Señaló a través de la puerta un Land Cruiser de color caqui estacionado, como pude percatarme con enfermiza sensación de horror, exactamente donde había aparcado mi coche.

—Pero ese no es mío.

—Has venido en él —dijo el camarero.

Desconsolado, eché una ojeada a mi alrededor.

El bebedor que tenía más cerca, un empleado de alguna hacienda de la zona, viejo y canoso, asintió solemne. «Ya te digo, colega», dijo. Los demás bebedores asintieron con la misma solemnidad.

Aturdido, me arrastré fuera del pub y observé el Land Cruiser, tratando de encajar las piezas del caos que tenía en la cabeza en algo que remotamente pareciera un orden. Era un hecho que aquel Land Cruiser ajeno había sido aparcado allí por alguien que ahora estaba en el pub. Todos los que estaban en el pub coincidían en afirmar que era yo. Pero el Land Cruiser no era mío.

Por supuesto, todo acabó por hacerse evidente. Había salido del pub de la carretera de Powell Creek en mi habitual

estado de ausencia mental, me había metido en el Land Cruiser equivocado (naturalmente, las llaves estaban puestas en el contacto) y había conducido a Tennant Creek. Conducir un Land Cruiser u otro es lo mismo. Meterse en un Land Cruiser de color caqui cuando el tuyo es espectacularmente diferente es fácil de comprender si eres tan despistado como yo. Tal vez, de forma inconsciente, había eliminado de mi cabeza el color de mi coche impulsado por muy buenas motivaciones estéticas.

De pronto comencé a considerar cómo podría explicar todo aquello a la policía, que sin duda estaría en alerta. En realidad, ¿qué había hecho yo? Que hubiera salido con el coche de otro, siendo este tan radicalmente distinto del mío, sería difícil de creer sin conocerme. La policía no me conocía.

Entonces vi algo más en la parte trasera del Land Cruiser.

La guinda al horror: era un Pastor Australiano azul. Y digo la guinda al horror porque en esa región se puede estafar, mentir, defraudar, corromper o asaltar a la gente, y se suele perdonar. Pero la consecuencia de robar el perro a alguien es eterna enemistad e implacable venganza. Es casi tan abyecto como rehusar un trago.

¿Cómo demonios podía haber conducido quinientos kilómetros sin darme cuenta de que llevaba un perro detrás? Aquel sería el tipo de pregunta que saldría de los labios del policía. Carecería de utilidad que explicara mi carácter distraído, no muy observador, mi ausencia de sentido del olfato, y que, además, el maldito perro debía de haberse quedado dormido como un tronco.

Había que resolver el entuerto. Volví y llamé de nuevo a la policía.

—Oh, es usted otra vez.

—Sí, oiga, ¿tiene aviso del robo de un Land Cruiser?

—Sí.

—Bien, mire, todo es un error. Me lo he llevado porque...
Bueno, creía que era el mío.

—¿Que se lo ha llevado? Yo creía que era suyo.

—No, no me refiero a ese.

—¿Ese, cuál?

—El que creía que me habían robado.

—¿Entonces, de cuál demonios habla?

—Del que he robado... Quiero decir, del que me llevé por error.

—Y es rosa y amarillo con margaritas de color violeta en el capó —dijo lacónico el policía.

—No —dije con desesperación—, es caqui, y tiene un perro en el asiento de atrás.

Se hizo un largo silencio, y luego preguntó:

—¿Ha estado bebiendo, caballero?

—No. Bueno, sí. Pero no mucho. Sabe, he pensado que...
Oh, mierda, mire, esto es serio. Deje que vuelva a empezar.
¿Ha recibido aviso del robo de un Land Cruiser caqui —miré a través de la puerta— con matrícula JQH 133?

—No —respondió seco el policía.

—Gracias a Dios —dije, y colgué.

El camarero y los bebedores me miraban con comprensión. Por allí son muy tolerantes con los excéntricos.

Llamé al pub de Powell Creek y le conté al camarero lo que había ocurrido.

—Solo diga al propietario del coche que me espere allí tranquilamente. Llegaré tan pronto como pueda. Y le pagaré, por supuesto, por los problemas que he causado.

—Llegas un poco tarde, colega —dijo el camarero—. Han ido a por ti.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Jack, Bill y Tommo. Llevas al perro de Jack en el carro y Jack tiene un buen cabreo. Te van a pillar pronto.

—Los esperaré aquí —balbuceé.

—Bueno, pues enséñales una bandera blanca, porque Tommo ha cogido la escopeta.

Colgué y empecé a tartamudear. El camarero abrió una cerveza y la puso en la barra.

—Invita la casa. —Era un camarero muy comprensivo, como suelen ser por allí, más cuando tienes un problema de verdad. Yo tenía un problema de verdad y muy grave.

Apenas había logrado llevarme la botella a mis trémulos labios cuando oí el chirrido de unos frenos, el golpe seco de las puertas de un coche al cerrarse, y vi entrar en el pub a los hombres más grandes, feroces, feos y enfadados que haya visto jamás. Su ímpetu era tal que se quedaron atascados en la puerta. Mientras se desatascaban tuve la tentación de huir dando gritos, como suelo hacer cuando me enfrento al peligro. Pero no había adónde ir.

Todos los presentes mirábamos inmóviles a las tres bestias que luchaban en la puerta; los demás observaban la escena con interés y en silencio, mientras que yo lo hacía sumido en el terror más atroz.

Por fin consiguieron atravesar la puerta. Los tres llevaban camisetas imperio negras, la manera elegante de vestirse en esa región. Uno de ellos, al que identifiqué como Tommo porque llevaba una vieja y enorme escopeta, gritó con una voz que sonó a crucero colisionando contra un rompeolas:

—A ver, ¿quién es el hijoputa?

Observé a los bebedores locales, vestidos también con camiseta imperio negra o con el torso desnudo, pantalones cortos o tejanos, con botas o descalzos, todos ellos curtidos y enjutos.

Me observó a mí: corpulento, pantalones de franela gris, camiseta blanca, zapatillas deportivas.

No hubo más preguntas. Antes de que pudiera chillar me encontré acorralado contra la barra, con Jack y Bill sujetándome los brazos y el cañón de la escopeta hundido en la barriga.

—Llama a la poli —dijo Tommo sin dirigirse a nadie en particular. Aquello era un alivio. Por lo menos no iban a ejecutarme al momento.

Demasiado pronto.

—A la mierda la poli —dijo Jack, o Bill—. Reventamos a este mierdas y lo olvidamos. Nos ahorraremos líos a la larga.

—Espera a que vea cómo está Titch —dijo el hombre que me sujetaba el brazo izquierdo, identificándose por tanto como Jack. Me soltó, salió hacia su Land Cruiser e, instantes después, reapareció con su perro.

—Tiene buen aspecto —dijo de mala gana. El perro se recostó contra la barra en un desvanecimiento somnoliento. Parecía un animal demasiado letárgico como para atraer semejante devoción. Lo habitual es que los perros pastores que los hombres de allí aprecian sean criaturas atentas, inteligentes, activas. Aquel ejemplar se había dormido cuando un desconocido se había llevado el coche de su amo, y había seguido durmiendo a lo largo de un viaje de quinientos kilómetros. Ahora se había vuelto a quedar dormido. Estos, desde luego, eran solo pensamientos incoherentes que asomaban a mi mente aterrorizada.

—Escuchen —chillé—. Puedo explicarlo. En realidad es todo un malentendido.

—Robar el perro de alguien —gruñó Jack. Al parecer su perro era para él lo que mi manuscrito era para mí. A ninguno de los dos nos preocupaba nuestro coche.

Tommo hundió el cañón de la escopeta otro par de centímetros en mi contraída barriga.

—En realidad no le he robado el perro... Me metí en su coche por accidente. El mío todavía está frente al pub. Ha sido solo una equivocación, le podía pasar a cualquiera. Escuche, he intentado contárselo a la policía... Estos tíos de aquí le dirán que yo pensaba que me habían robado el coche.

No digo que los sedujera con mi elocuencia, pero debí de parecerles sincero. Tal vez no corrían lágrimas por mis mejillas, pero puedo jurar que tenía los ojos húmedos.

Tommo se relajó tanto como para retirar el cañón de la escopeta hasta un punto en el que solo me hacía un poco de daño. Tenía el dedo en el gatillo y yo temblaba ante la imagen de lo que le ocurriría a mi abdomen si lo apretaba.

—Mejor llama a la poli —dijo—. Si este tío ha hablado con ellos, puede que, ya sabes... —Lo que quería decir era que si me había puesto en contacto con la policía, mi cuerpo inconsciente, maltrecho y sangrante podría crearles dificultades.

—Vale —dijo Jack, y llamó a la policía.

La conversación procedió más o menos así.

—Nosdías, Mick. Aquí Jack.

Pausa.

—¿Qué tal la parienta?

Pausa.

—Tirando, ¿eh?

Pausa.

—Sí, bueno, en fin.

Pausa.

—Sí, como siempre, en fin.

Nada de esto me reconfortaba en lo más mínimo, puesto que, mientras conversaban, Tommo me hundía sin saberlo la

escopeta en el cuerpo cada vez más, y Bill, distraído, me retorció el brazo.

—Bueno, es lo que hay.

Pausa muy larga.

—Bueno, en fin, Mick.

Pausa todavía más larga.

—Bueno, Mick, te llamaba porque un tío me ha birlado el perro.

Aquello era demasiado para mí.

—No le he birlado el perro —aullé. Tommo me hundió aún más el cañón en la barriga y Bill me retorció el brazo más allá de lo que yo creía posible sin que se desprendiera. Me quedé quieto.

—Sí, Mick, tío.

Pausa.

—Sí, ya lo sé, pero este tío... es una especie de maricón de ciudad, dice que ha hablado contigo.

Pausa.

—Land Cruiser robado. No sabe la matrícula. ¿Flores violetas?

Larga y meditada pausa.

—Vale, Mick. Recibido. Nos vemos.

Jack colgó.

—Un chalado —dijo—. Saquémoslo fuera y démosle una sacudida rápida. Estamos perdiendo tiempo para beber.

En el lenguaje de aquellos hombres, «una sacudida rápida» significa golpearle con objetos romos hasta dejarte inconsciente, pero no necesariamente dejarte desfigurado de por vida.

—¡Socorro! —aullé.

De forma asombrosa, a mi aullido respondió con otro aullido el perro, Titch, que se había puesto panza arriba con las patas alzadas, los ojos cerrados y la lengua fuera.

—Me cago en Dios, mi perro —gritó Jack, y corrió hacia Titch, se arrodilló a su lado y comenzó a acariciarlo para que se calmara.

—Qué le habrá hecho el hijoputa... —empezó Tommo.

—Nah —dijo Jack con sinceridad—, lleva días jodido. ¿Qué te pasa, chico? ¿Eh, Titch? ¿Qué te pasa, amiguito?

No me sorprendía en lo más mínimo que el hombre que, alegremente, podía desfigurarme de por vida estuviera desolado por la enfermedad de su perro. Sin embargo, me ocurre en ocasiones que una chispa de inspiración torna un miedo agudo en una brillante idea, y de este modo vi una oportunidad de escapar. Sucede que, habiendo gastado una fortuna en honorarios de veterinarios por los varios animales desastrados que se pegaron a mí a lo largo de mi vida, tengo un gran conocimiento acerca de perros y de sus enfermedades. Corría un riesgo enorme, pero estaba justificado.

—¿No sabe lo que le pasa al perro? —dije, tratando de aparentar la mayor serenidad que mi delicada posición me permitía.

Jack levantó la cabeza y me miró.

—¿Qué quieres decir?

—¿Puede ver si está infectado de garrapatas?

—Hay que joderse —dijo Jack—. ¿Crees que soy idiota? Le he buscado garrapatas por todas partes.

Por supuesto que lo había hecho. Pero yo ya había visto perros así, y existía la posibilidad de que tuviera razón. Hay zonas de la anatomía canina en las que la gente no suele fijarse cuando busca garrapatas.

Jack me miraba con una especie de desdén expectante. Era del todo imposible, parecía pensar, que un hombre como yo tuviera algo útil que decir, pero tratándose de la enfermedad de Titch, había que considerar cualquier remedio posible.

El perro gimoteó.

—Mire detrás de los labios, en las encías, las de arriba y las de abajo, por fuera y por dentro —dije.

Jack me miró como preguntándose si aquello no sería algún plan elaborado por mi parte para escapar o para cargarme a Titch. Entonces se volvió al perro despacio, le acomodó la cabeza en su brazo y comenzó a explorarle la boca.

Era solo una posibilidad remota para mí, pero los síntomas encajaban con la infección de garrapatas. Por lo menos ganaba tiempo. Y la boca de un perro es uno de esos lugares en los que la gente nunca busca garrapatas.

La presión a la que barriga y brazo se encontraban sometidos había disminuido, dado que Tommo y Bill se habían puesto a observar a Jack y a Titch.

Jack se empleó largamente y con cuidado, hasta que de pronto soltó:

—Bueno, hay que joderse.

—¿Una garrapata? —grité, lleno de esperanza.

—Cállate —dijo Jack—. Mirad esto —dijo a sus colegas.

Tommo y Bill centraron toda su atención en Titch, con la salvedad de que Tommo mantuvo la escopeta apuntada de forma negligente en mi dirección.

—Mirad —dijo Jack—. Hay un hueso clavado aquí y lo tiene todo infectado. Eso es. Joder, suerte que lo he encontrado. El pobre bicho no habría durado más de dos días.

—¿Se lo puedes arreglar? —gritó Tommo.

—Oh, sí —dijo Jack despreocupado—. Ahora le daré un tajo, y luego me lo llevaré a casa y lo llenaré de penicilina. —La medicina para animales es ahora más sofisticada que cuando yo era un niño.

—Qué puñetera suerte que lo hayas visto, colega —dijo Bill.

—¡Eh! —me lamenté—. Lo he visto yo, bueno, más o menos.

Jack me miró, luego miró a sus colegas, luego a mí, luego a Titch, y luego a mí otra vez.

—Punto para ti —dijo, por fin—. Mejor bebamos cerveza.

Tommo guardó la escopeta y el camarero empezó a servir cervezas. Supe que estaba a salvo porque los norteños no beben contigo si luego te van a dejar inconsciente a golpes.

Por un consenso tácito, yo pagué todas las cervezas.

Los hombres como esos son duros pero justos, o justos pero duros, según se quiera ver. Incluso me llevaron de vuelta a Powell Creek para que recuperara mi coche.